

CAPITULO LXXXI.

Un juez apasionado.

CLARAMENTE se ve, despues de conocer los documentos que he mencionado en el capítulo anterior, que los enemigos del almirante ganaban terreno en el ánimo de los reyes, y que éstos, impulsados por distintos móviles, puesto que el rey lo que quería era poner el gobierno de los países conquistados en manos que le rindiesen más beneficios, y la reina estaba ofendida con Colon por haber puesto al cuello de los indios el dogal de la esclavitud, olvidando ya los servicios que habia prestado Colon, aspiraban á desautorizarle.

No faltaban, sin embargo, al ilustre marino algunos defensores.

Fray Diego de Deza, que ocupaba á la sazón un alto cargo, Pedro Mártir, Santangel, y el mismo fray Pedro Antúñez de Córdoba, sin olvidar al duque de Medinaceli y al Arzobispo de Toledo, defendian á su antiguo protegido, y aunque sus adversarios les decian que Colon habia incurrido en graves errores, la consideracion que debian á sus merecimientos les animaban á influir cerca de los soberanos para que no empleasen duras medidas con aquel hombre, que habia logrado en un momento que la Europa entera envidiase la gloria de España.

Las órdenes y los poderes habian sido entregados á Bob

dilla, el cual esperaba con ansia el momento de su partida, siempre aplazada por efecto de los escrúpulos que tenian los reyes de residenciar á Colon.

Pero no por esto desmayaba Fonseca, no por esto dejaba de mover los hilos de su intriga.

Pasaba el tiempo, y cada dia eran más tristes las noticias que llegaban de la colonia.

El permiso concedido á Alonso de Ojeda y á Américo Vespuccio, se otorgó más tarde á Vicente Yañez Pinzon.

Estos golpes á los derechos adquiridos por el almirante, eran un principio de hostilidad que debia irritarle, obligándole á tomar medidas dictadas por el despecho; y si esto sucedia como era de esperar, Bobadilla se pondria en camino inmediatamente, justificando su presencia y su mision los actos desesperados del gobernador de la colonia.

Diego Colon, el hijo predilecto del almirante, veia formarse poco á poco la tempestad que iba á estallar sobre la cabeza del ilustre marino á quien debia el sér, y ansiaba por momentos satisfacer sus deseos, ir á su lado para compartir con él al ménos los sinsabores de la desgracia.

Pero la reina, que aunque estaba indignada por el abuso que atribuian á Colon, no podia borrar de su pecho el afecto que aquel hombre le habia inspirado siempre, parecia querer indemnizar á los hijos con sus bondades de las desdichas que preparaba al padre; y al verse objeto de las mayores atenciones por parte de la reina, que se opuso á su marcha, pretextando que no podia privarse de sus servicios, confiaba Diego en que la justicia por una parte, su influencia con la reina por otra, bastarian para asegurar el triunfo de su padre.

Aunque su corazon estaba herido de muerte por el hondo pesar que sus desgraciados amores habian dejado en él, todavía le sonreian las ilusiones.

¿Qué hay más hermoso que la juventud?

Las grandes instancias con que Colon pedía que le enviasen un representante de la ley, resolvió la cuestión.

A mediados de Julio del año 1500 recibió Bobadilla la orden de ir á encargarse del mando de dos carabelas, que le aguardaban en el puerto de Cádiz.

Antes de partir celebraron con el una entrevista los reyes, en el cual le encargaron que tratase al almirante con las mayores consideraciones, y solo hiciese uso gradualmente de los poderes que habia recibido de sus manos.

Desde que obtuvo el nombramiento, Bobadilla procuró aparecer como un apasionado admirador de Colon, demostrando que sentia sus errores; pero diciendo al mismo tiempo que no amenguaba en nada su gloria.

Hizo al mismo tiempo ostentacion de sabiduría, de rectitud, de equidad, de benevolencia, y todas estas cualidades hicieron que los reyes, y sobre todo la reina, le considerasen como el más á propósito para desempeñar la delicada mision que le confiaban.

—Examinad, le dijeron, con rectitud é imparcialidad la conducta de Cristóbal Colon, y solo en el caso de que la situacion de la isla sea tan lamentable que necesite medidas prontas y enérgicas para asegurar el orden y la prosperidad, tomareis á vuestro cargo su gobierno; pero tratando con consideracion al almirante.

Para que hallase cooperacion eficaz en algunos de los hidalgos que habia en la colonia, le hicieron la merced de darle cartas con su firma en blanco, á fin de que las utilizase cuerda y favorablemente, segun los deseos que abrigaban los reyes.

La vanidad de tan fácil triunfo cegó á Bobadilla.

Con un corazon seco, incapaz de gustar las delicias del cañío, vivia enteramente solo.

Ningun lazo le detenia en España.

En el Nuevo Mundo inspiraba á su orgullo la sed de las satisfacciones.

Triunfar de Colon, tener derecho para examinar su conducta, para juzgarle, y como él se decia, para condenarle, si era preciso, era llegar de un salto á uno de los primeros puestos de la nacion, era levantar el pedestal de su fortuna sobre aquella columna gigante que la opinion pública habia erigido al descubridor del Nuevo Mundo.

Hasta el mismo Fonseca, á quien debia sus medros, le pareció pequeño, y en la última entrevista que celebró con él cuando el prelado quiso darle instrucciones:

—Dejadlo todo á mi cuidado, dijo; vuestros deseos son los míos; no me marqueis la línea que debo seguir: lo único que yo os prometo es que humillaré la soberbia del extranjero, que la Europa entera le verá tan abatido que el recuerdo de mis hechos oscurecerá las páginas que pueda consagrarle la historia.

No dudó Fonseca despues de oírle que estaba llamado, no á mejorar la condicion de la colonia, no á ensanchar las conquistas de la corona de España en aquellas comarcas, no á sacar partido de aquellos descubrimientos, sino á destruir todo cuanto tocasen sus manos.

¿Pero qué le importaba, si en la ruina de la colonia iba envuelta la ruina de Colon?

Puso á sus órdenes veinticinco hombres, que formaban su guardia de honor, y entre los demas tripulantes iban seis misioneros.

Casi en los momentos de partir dieron los reyes á Bobadilla un arma, acaso la más poderosa que podia esgrimir en el Nuevo Mundo.

Mandábanle tomar nota de los atrasos que se debian á los

servidores del rey, pagarles en el acto y obligar á Colon á que por su parte satisficiera sus deudas, «á fin, decia la orden, de que aquella gente recibiese lo que era suyo, y no se oyeran más quejas.

Una infernal sonrisa jugueteaba en los labios de Bobadilla cuando las carabelas, abandonando las costas, se lanzaban á las inmensidades del Océano.

Caminaba al mayor de los triunfos que habia podido soñar en su vida, y el viento favorable que empujaba las velas, al murmurar en sus oídos, parecia decirle:

—Corre, corre, allí está tu gloria; vas á triunfar del hombre más grande de tu siglo.

Diestros pilotos guiaban las embarcaciones, y la travesía fué rápida y feliz.

Al fin llegaron los dos buques á Santo Domingo, y desde el primer momento Bobadilla, que no podia contener la ansiedad de usurpacion que le devoraba, anunció claramente que llegaba con plenos poderes de los soberanos para residenciar al almirante, para arrebatár de sus manos las riendas del gobierno, para hacer justicia á todo el mundo.

Llegó precisamente cuando, resuelto el almirante á castigar con severidad toda rebeldía, habia mandado levantar en Santo Domingo, á un lado de los fuertes, horcas en las que expiasen sus culpas los que por sus maldades se habian hecho acreedores á tan atroz castigo.

Desde la carabela vió Bobadilla agitarse, á impulsos del viento, los inanimados cuerpos de dos reos que acababan de perecer en el patíbulo, y aún estaban colgados de la horca.

Por el emisario que envió don Diego Colon para reconocer las carabelas, supo que siete de los rebeldes, entre los que se hallaba Pedro Riquelme, estaban en el fuerte de Santo Domingo en capilla ya, esperando de un momento á otro sufrir

la misma suerte que aquellos dos que habian expiado sus culpas.

Estas noticias y aquel espectáculo convencieron á Bobadilla de que cuantas noticias habian circulado en España los enemigos de Colon eran ciertas, de que su tiranía era abominable, de que mandaba allí como un señor feudal de horca y cuchillo, y dijo á Juan de Espinosa, alguacil mayor, que le acompañaba:

—Ya veis que no eran calumnias las acusaciones dirigidas contra el almirante. ¿Para qué necesitamos inspeccionar su conducta? ¿No basta esto? ¿Cómo han de obedecer los indios á un hombre que trata de este modo á sus mismos hermanos!..... Además, los reyes no le han confiado el poder ejecutivo. Si esos hombres que acaban de espirar en el patíbulo habian cometido algun crimen, su deber era enviarlos á España con la sumaria correspondiente, para que allí fuesen juzgados y castigados. No perdamos el tiempo en inútiles investigaciones; basta y sobra lo que hemos visto para no andarnos con rodeos, para comprender que la situacion de la colonia es muy crítica, y para tomar resoluciones enérgicas y adoptar medidas instantáneamente, que pongan coto en tamaños desmanes.

Se decidió, pues, á entrar como en país conquistado en la colonia, que no tenia más defensor entónces que la debilidad del hermano menor del ilustre marino.

CAPITULO LXXXII.

La popularidad.

DESDE muy antiguo hacen los hombres leña del árbol caído y rinden culto al nuevo astro que aparece en el horizonte, calumniando, si es preciso, al que ha sido antes objeto de su idolatría y de su adulacion interesada.

Estaban todos los españoles atemorizados, porque sentian el peso de su conciencia; sabian que todos habian contribuido más ó ménos á la situacion angustiosa que habia obligado al almirante á imponer aquel atroz castigo, y aguardaban de un momento á otro que les llegara la vez de expiar sus faltas.

Apénas supieron la mision que los reyes habian confiado á Bobadilla, los altos poderes de que estaba investido para inspeccionar lo que allí pasaba y dictar las medidas más convenientes á la terminacion de las luchas intestinas que devoraban la colonia, ensanchando el ánimo mostraron una alegría inmensa, y corrieron en botes y canoas á saludar á aquel redentor, seguros de que, embriagándole con el incienso de su adulacion, conseguirian ponerle de su parte, aunque para alcanzarlo tuvieran que pagar con la más negra ingratitud al que hasta entónces tantas pruebas de interes y de afecto les habia dado.

Bobadilla quiso, ántes de saltar en tierra, oír á aquellas personas que francamente iban á ponerse á sus órdenes, y el

resultado de aquella entrevista fué confirmarle, no en su creencia, sino en su opinion, de que lo mejor que podia hacer era considerar al almirante como un enemigo de su persona, usar y hasta abusar de sus poderes, y apresurar su triunfo.

Los que volvian de las carabelas hacian en público los mayores elogios de Bobadilla.

—¡Gran confianza deben tener los reyes en él, cuando le han encargado mision tan delicada! decian unos.

—¡Y qué afable, qué recto, qué justiciero parece! exclamaban otros.

—¡Con qué atencion nos ha escuchado!

—¡A todos nos ha tendido la mano con la mayor afabilidad!

—No hay duda, abriga los mejores deseos en nuestro favor.

—Gracias á él, podremos dar por terminados nuestros trabajos.

—El destruye las horcas.

—Así nos evitará ese espectáculo horroroso.

Y algunos, por lo bajo, añadian:

—Lo que es el almirante y sus hermanos, han concluido ya.

No podia Bobadilla llegar más á tiempo para destruir la obra que tan supremos esfuerzos habia costado á Cristóbal Colon.

Al dia siguiente de su llegada á Santo Domingo, con toda su comitiva de gala desembarcó, y sin pedir permiso al gobernador de la colonia, se dirigió á la iglesia para oír misa.

Hallábanse en el templo Diego Colon, Rodrigo Perez, lugarteniente del almirante, y casi todas las personas más notables de la colonia.

Oyeron todos la misa, y al acabarse, sin cumplir siquiera las fórmulas de la cortesía, sin contar para nada con Diego Colon, salió Bobadilla acompañado de los suyos, se colocó en

la puerta de la iglesia, en donde no tardaron en reunirse todos los habitantes de Santo Domingo, y dió orden al pregonero para que leyese las reales cédulas que le autorizaban para investigar las causas de rebelion, juzgar á los verdaderos motores de ella, secuestrar las propiedades de los delinquentes, y proceder contra ellos con todo el rigor de la ley, mandando al almirante y á las demas autoridades que le ayudasen en tan difícil tarea.

Asistió á esta lectura Diego Colon, y no sabia qué partido tomar, cuando acercándose á él Bobadilla, le dijo:

Ya lo habeis oido, tengo que cumplir una mision, y los reyes os mandan apoyarme. Es necesario que inmediatamente me entreguéis á los reos que están en el fuerte de Santo Domingo esperando el momento de subir al cadalso. Deseo tambien que los que han acusado se presenten á mí para formular de nuevo sus acusaciones.

A pesar de la debilidad de carácter del hermano menor de Colon, sintió humillado el derecho del almirante, y contestó con alguna entereza á aquellas peticiones.

—Las personas que quereis que os entregue, le dijo, han sido encarceladas y juzgadas por el almirante, cuya autoridad en estas tierras es superior á la que podais tener. Miéntras él no me mande que os las entregue, por más que lo sienta mucho, me veo obligado á responder á vuestras órdenes con una negativa.

—Ved lo que haceis, exclamó Bobadilla.

—Hubiera debido pedirlos, ántes de consentiros penetrar en la colonia, la autorizacion que os da derecho á entrar aquí sin el permiso del almirante; pero os perdono esa fórmula, y ya que habeis dado cuenta á todos los habitantes de ese documento que os acredita aquí, os pido copia de él para enviarle al almirante, á fin de que resuelva lo que crea oportuno.

—Si no teneis autoridad bastante para obedecer mis órdenes, es inútil que os entregue la copia que me pedís, y siento mucho que no deis crédito á mis palabras, que no accedais á mis deseos, porque me poneis en el caso de mandar dar lectura á otra cédula real, por la cual os convencereis de que mi mando no es sólo superior al vuestro, sino al del almirante, porque sus majestades me han nombrado gobernador de toda la isla.

Los circunstantes escucharon con asombro aquella determinacion.

Pero confiando en que don Diego le obedeceria, aplazó hasta el dia siguiente la lectura de aquel documento.

Todos los habitantes de la colonia hicieron los mayores comentarios acerca de la influencia de Bobadilla.

No sólo habia recibido el encargo de examinar la conducta de Colon, sino el de despojarle del mando y reemplazarle en él.

No habia duda; la estrella de Colon se habia eclipsado, y empezaron á reconocer en Bobadilla á su nuevo jefe.

Al dia siguiente en la misma puerta del templo mandó leer Bobadilla la real cédula por la que le nombraban gobernador de la isla y tierra firme, y despues de dar cuenta de la real voluntad, exigió el nombramiento acostumbrado á los habitantes de la colonia, mandando, en virtud de aquella autoridad de que estaba investido, que le entregasen inmediatamente los presos.

Muchos de los colonos se apresuraron á jurar obediencia.

Pero Diego Colon y Rodrigo Perez:

—Gran fuerza tienen para nosotros, exclamaron, las órdenes de sus majestades; pero los soberanos han concedido poderes más supremos al almirante, y miéntras no le despojen de ellos, nuestro deber es acatarlos; no podemos prestaros juramento.

—Tened en cuenta el desacato que cometeis.

—Dispensadnos que no demos entero crédito al documento que acabais de mandar leer. No es posible que soberanos tan excelsos como los que rigen los destinos de España hayan podido olvidar ni un momento las consideraciones que deben al gran conquistador de estas tierras; y miéntras no le destituyan, lo cual seria atropellar los derechos que legítimamente ha adquirido, nos negamos á obedecer.

Esta respuesta irritó profundamente á Bobadilla.

Mirando en torno suyo, observó que la mayor parte de los circunstantes parecían dudar de la autenticidad de los documentos que habia mandado leer, y necesitando adquirir pronto el prestigio entre aquella gente:

—Conste, dijo, que he querido tratar al almirante con las mayores consideraciones, que vuestra falta de obediencia me obliga á hacer uso de todos los poderes que he recibido, y para que veais que me debeis completa sumision, oid otra real cédula, que no os dejará duda.

Y mandó al pregonero que leyese en seguida el documento en que los reyes ordenaban á Colon y á sus hermanos que entregasen á Bobadilla todas las fortalezas, buques y demas efectos de la propiedad de la corona.

El momento era decisivo, y Bobadilla quiso tener á su lado á toda la poblacion.

—Como complemento de esta disposicion de los reyes, dijo anuncio á todos que vengo autorizado para pagar inmediatamente los atrasos á los servidores del rey, y para obligar asi mismo al almirante á que pague á su servidumbre las cantidades que le adeude.

Una salva de aplausos acogió este anuncio.

La balanza se habia inclinado en favor del agente de los enemigos de Colon.

Ante la idea del lucro, callaron todas las consideraciones

Bobadilla empezaba á ser popular.

Animado con este triunfo, exigió de nuevo que le entregasen los prisioneros, y aseguró que si no se obedecian entónces sus órdenes, se apoderaria de ellos por la fuerza.

—Haced lo que gustéis, dijo Diego Colon; pero nos resistiremos siempre, porque no podemos creer en la autenticidad de esos documentos que acreditarian la màs horrible de las ingratitudes.

—Bien está, dijo Bobadilla; yo os haré ver si tengo ó no derechos para ser obedecido.

Y dejando en la mayor angustia á Diego Colon, y en la mayor perplejidad á los que todavía no se habian decidido á unirse al nuevo jefe, partió con sus soldados y con no pocos de los que hasta entónces habian servido á Colon, con ánimo resuelto de apoderarse de los prisioneros que estaban custodiados en la fortaleza de Santo Domingo.

CAPITULO LXXXIII.

Leales y traidores.



MIGUEL Diaz, el esposo de la reina de Hayna, el descubridor de aquellas ricas minas, á quien en cierto modo se debia la fundacion del fuerte de Santo Domingo, desempeñaba las funciones de alcaide de la fortaleza.

Feliz con el amor de Catalina, y agradecido à las mercedes que le habia otorgado Colon, era uno de sus más fieles servidores.

Habia tenido noticia de la llegada de Bobadilla, y tanto para defender la fortaleza, como para evitar á sus soldados enterarse del objeto de la llegada de aquel hombre, mandó cerrar las puertas y se negó á abrirlas cuando llamó á ellas el nuevo gobernador de la isla y le intimó la rendicion.

Miguel Diaz apareció en las almenas.

—No os reconozco para nada, contestó á las intimaciones de Bobadilla.

Este dispuso entónces que se leyesen las reales cédulas, y una vez terminada la lectura, pidió la entrega de los presos.

—Tened la bondad de darme copia de esos despachos, dijo Miguel Diaz, y obraré entónces con arreglo à mi deber.

—La situacion es crítica, contestó el emisario de los reyes, no hay tiempo que perder; los presos están sentenciados á muerte, podeis muy bien apresurar su castigo, yo no se aún si son inocentes ó culpables, y necesito á toda costa que me los entregueis inmediatamente.

—Siento infinito no poder complaceros; pero sólo en vista de una orden del almirante puedo obedeceros.

—¿Eso quiere decir que deseais que emplee la fuerza?

—Lo sentiria en extremo, contestó tranquilamente Miguel Diaz.

—Pues la emplearé si no acatais mis órdenes, y vos sereis responsable de lo que suceda, replicó Bobadilla.

—Dadme una copia de los despachos: yo soy alcaide de la fortaleza en nombre del rey, por orden del almirante, que ha ganado estas islas y territorios, y sólo á él debo obediencia.

—¿Con que os negais?

—Me niego.

—Bien está; pero si se derrama sangre la culpa será vuestra.

Partió con los suyos, y á muy corta distancia les preguntó si contaba con su apoyo para desalojar la fortaleza.

No hubo uno que no le prometiese su concurso.

—Como conviene evitar la efusion de sangre, añadió Bobadilla, sólo en caso de que se resistan haremos uso de las armas.

Esta última medida acabó de captarle las simpatías de todos.

Como si se tratara de tomar una gran fortaleza, llegó armado de escalas al pié de aquel insignificante fuerte, que no tenia más objeto que resistir el empuje de los indios, gente desnuda, sin pericia, sin armas.

La puerta, cerrada con débiles cerrojos, cayó en seguida á los golpes de los parciales del nuevo gobernador.

Pero no por eso dejaron de lucirse los que llevaban escalas.

Arrojándolas á las almenas, subieron por ellas y penetraron por distintos lados y á un mismo tiempo en la fortaleza.

Ninguna resistencia opusieron Miguel Diaz y Don Diego de Alvarado, únicos que se presentaron á los agresores.

Llevaban la espada desnuda; pero no hacian uso de ella. Bobadilla dispuso su arresto, y penetrando en el calabozo donde estaban los prisioneros, los entregó al cuidado del alguacil Juan de Espinosa.

Este fué el primer acto del pacífico investigador que habian enviado los reyes à la Española para que calmase las pasiones, restableciese la justicia y enmendase los involuntarios errores del almirante, tratando á éste y á los que estaban á sus órdenes con las mayores consideraciones.

No podia haber abusado más de lo que lo hizo de la confianza que habian depositado en él los soberanos.

Arrojada la máscara, no podia ser más de lo que fué.

La tea de la discordia encendió de nuevo las mezquinas pasiones en los otros parciales que la energía de Colon acababa de sofocar.

Pero no fué esto solo.

Dejó el papel de investigador por el de desfacedor de agravios.

Se apoderó de la morada del almirante, secuestró sus armas, sus joyas, sus libros, sus caballos, sus escritos, hasta lo más secreto; pagó con esta confiscacion á los acreedores del almirante, y hollando todos los derechos, y deseando que rodease á aquellos crímenes el aura popular, al dia siguiente de su fácil triunfo en el fuerte de Santo Domingo, anunció que concedia licencia á todos los colonos para que buscasen oro y lo aprovecharan durante veinte años, sin dar al gobierno más que la undécima parte en vez de la tercera que hasta entónces les habia exigido el almirante.

En cuanto á Colon:

—Pronto, muy pronto, dijo á los que le seguian, le vereis volver á España cargado de cadenas, y yo os prometo que ni él, ni algun otro de su estirpe, podrá jamas gobernar la isla.

El almirante ha cometido grandes errores, grandes faltas y ha llegado por fin para él la hora de la expiacion.

La Providencia tiene secretos inescrutables.

¿Cómo era posible que acabase de aquel modo el hombre glorioso, á quien sólo su amor á la ciencia y á la humanidad habian impulsado á arrancar al Océano sus más peligrosos secretos?